



CAPÍTULO 2

Nova arrojó el bolso sobre su hombro y tomó una de las cuerdas lastradas que había preparado en el callejón la noche anterior. Envolvió la cuerda alrededor del brazo y aflojó el nudo de marinero, soltando la carga que la mantenía sobre el suelo.

Las pesas aseguradas en el extremo opuesto cayeron, y arrastraron la cuerda a través de la polea sobre el tejado. Nova se impulsó de un tirón, tomándola con fuerza mientras pasaba a toda velocidad el muro de hormigón del edificio.

El otro grupo de pesas se estrelló contra el suelo más abajo.

Nova se detuvo con una sacudida, la mano a apenas unos centímetros de la polea y el cuerpo que se mecía en el aire a seis plantas de altura. Arrojó el bolso sobre la azotea, se tomó de la saliente y se impulsó encima de la pared. Cayó en cuclillas y hurgó en el bolso, sacó el uniforme que había diseñado ella misma, con la ayuda de la Abeja Reina. Se colgó el ancho cinturón de armas de la cadera, donde se apoyó cómodamente, equipado con bolsillos y ganchos especialmente confeccionados para

todos sus inventos favoritos. Luego, se puso la ceñida chaqueta negra con capucha. Resistente al agua y al fuego, pero lo suficientemente ligera como para no limitar sus movimientos. Subió la cremallera hasta el cuello y dio un tirón a las mangas para que le cubrieran los nudillos antes de jalar la capucha hacia arriba, donde un par de pesas pequeñas cosidas dentro del dobladillo la sujetaban sobre la frente.

El antifaz venía en último lugar. Se trataba de un duro armazón metálico, amoldado perfectamente al puente de la nariz, que desaparecía dentro del cuello alto de la chaqueta, por lo que ocultaba la mitad inferior de su rostro.

Una vez completa la transformación, se inclinó, sacó el rifle y un único dardo envenenado del bolso.

—¿Dónde estás, Pesadilla? —preguntó Phobia.

—Estoy aquí. Casi en posición —se acercó al borde del edificio y miró hacia abajo, donde se desarrollaba la celebración. Aquí arriba estaba más tranquilo; el silbido del viento y el zumbido de los generadores en los tejados amortiguaban el ruido de la multitud. La calle era una confusión de papel picado, colores, globos, disfraces, risas, música y ovaciones.

Nova cargó el dardo en la recámara del rifle.

Ingrid había urdido el plan; su belleza radicaba en su simplicidad. Cuando se lo contó al grupo, Winston se quejó de no ser incluido, pero Phobia había planteado sabiamente que Winston, a quien la mayoría de las personas conocía como *el Titiritero*, no era capaz de hacer que nada fuera simple.

Así que hoy solo estaban ellos tres en el campo. No necesitaban a los demás. Nova tenía un dardo hecho a mano por Leroy Flinn, su propio experto en venenos. Ella solo necesitaba uno. Si fallaba, no tendría una segunda oportunidad.

Pero no fallaría.

Mataría al Capitán.



Una vez que el tiro lo alcanzara, Ingrid, la Detonadora, saldría de su escondite y arrojaría la mayor cantidad de bombas de su línea exclusiva –fabricadas con la fusión de gases del aire– a la carroza del Consejo. Phobia se concentraría en Thunderbird, ya que por lo general esta se lanzaba al aire durante una batalla, lo que le daba una ventaja que, de tan injusta, resultaba frustrante. Habían oído que Thunderbird les tenía pavor a las serpientes, una de las especialidades de Phobia. Confiaban en que los rumores fueran ciertos. En el peor de los casos, la asustaría lo suficiente para que Nova o Ingrid la derribaran. En el mejor: le provocaría un ataque al corazón en pleno vuelo.

Y así terminaría todo. El Consejo –los cinco Renegados originales–, erradicado de una misma vez.

Pero empezaba con el acto de superar la supuesta invencibilidad del Capitán Chromium.

–Eh... ¿Pesadilla?

–Estoy *acá*, Detonadora. Tranquila.

–Sí, alcanzo a verte allá arriba. Pero... estoy casi segura de que Phobia te quería en la estación oeste.

Nova quedó paralizada. Echó un vistazo a la azotea a sus espaldas, luego a la distancia que separaba al edificio del otro lado del callejón, donde aguardaba su otra cuerda con pesas, sin usar. Observó el sol del mediodía con los ojos entrecerrados y maldijo.


–Dime que no te subiste al edificio equivocado –Phobia arrastró las palabras.

–Me distraje –dijo con los dientes apretados.

Phobia suspiró pesadamente.

–¿No puede darle al objetivo desde el tejado oeste? –preguntó la Detonadora.

–Tal vez tenga una buena aproximación a Tsunami o a Blacklight, pero no al Capitán Chromium –dijo Phobia tras un breve silencio–. La



ruta del desfile hará que doblen antes de que lo tenga alineado –titubeó–. Puede acabar con un miembro del Consejo, y tendremos que ocuparnos del resto después.

–Nuestra prioridad era el Capitán –dijo Ingrid–. Toda esta misión se pensó con el objetivo de eliminar al *Capitán*.

–Un Renegado es mejor que ninguno.

–La misión habrá resultado un fracaso de todos modos.

Pasándose la lengua por los labios, Nova miró la azotea de enfrente, calculando la distancia sobre el callejón.

–Tranquilos. Puedo llegar al otro lado. Phobia, ¿cuánto tiempo tengo?

–No el suficiente.

–¿Cuánto?

–Diez segundos antes de que la carroza ingrese en tu zona objetivo primordial; luego tal vez, cuarenta y cinco para realizar el disparo.

Nova levantó el bolso de lona y lo lanzó del otro lado de la brecha. Aterrizó con un golpe sordo sobre el tejado opuesto.

La voz de Phobia crepitó.

–Esto parece desaconsejable.

–Deja que lo intente –dijo Ingrid–. Si cae, será su propia culpa.

–No caeré –masculló Nova. Arrojó el rifle sobre la espalda y desató un par de guantes de una argolla sobre el cinturón. Metió las manos dentro y abrochó los puños, sujetándolos bien. Luego presionó los pulgares sobre los interruptores de sus muñecas. Una descarga de electricidad atravesó la tela color negra, que fue formando ventosas presurizadas sobre las puntas de los dedos y sobre las palmas.

Evaluó la distancia una vez más. Retrocedió al extremo más lejano del edificio. Inhaló.

Y corrió.

Sus botas golpearon contra el suelo. El aire pasó silbando junto a sus orejas, echándole la capucha hacia atrás. Apoyó el pie derecho y saltó.

Su estómago chocó contra la saliente del muro de ladrillos del otro lado del callejón. El dolor le atravesó los huesos. Gimió y presionó las palmas contra el hormigón, sujetándose, para no resbalar.

Ingrid soltó un grito estridente en su oído.

Phobia no dijo nada hasta que Nova hubo levantado el cuerpo sobre el tejado este.

—Cuatro segundos para contacto visual.

Nova encendió la presión de sus guantes, dejó que las ventosas desaparecieran dentro de la tela, y volvió a cubrirse con la capucha. Colgó el arma en su espalda y pasó junto al elevador de servicio del edificio, para ubicarse nuevamente en el borde mientras el pulso le zumbaba a través de las venas. Aunque no podía ver la carroza del Consejo, por la creciente excitación de la multitud, advirtió que aquella se acercaba.

Ignorando el dolor punzante donde el estómago había chocado contra la pared, se inclinó sobre una rodilla y acomodó el cañón del arma sobre la saliente de la azotea. Comprobó que el dardo estuviera cargado.

—Lista.

—Bien hecho, Pesadilla —dijo Detonadora.

—Aún no ha hecho nada —replicó Phobia.

—Lo sé, pero ¿acaso no es bueno contar de nuevo con una tiradora en el equipo?

—Tampoco le ha disparado a nada todavía.

—¿Podrían callarse ambas? —gruñó Nova, quitándose los guantes y pasándolos de nuevo por la argolla de su cinturón.

Abajo se avistó la carroza del Consejo. Era una enorme estructura escalonada, con cinco pedestales que salían de un oscuro nubarrón. Literalmente, un nubarrón de truenos y relámpagos, como si se creyeran dioses o algo así.

Mentira. Definitivamente, creían que eran dioses.

Thunderbird —la inimitable Tamaya Rae— se hallaba de pie sobre el


primer pedestal, sus enormes alas negras abarcaban todo el ancho de la carroza del desfile. El viento zarandeaba su largo cabello negro, le daba el aspecto de la mascota tallada sobre el mástil de una embarcación. Cada tanto enviaba relámpagos para iluminar aún más la nube a sus pies.

No queriendo ser menos que su camarada, Blacklight se hallaba sobre la segunda grada, disparando fuegos artificiales y luces estroboscópicas destellantes mientras la multitud lanzaba chillidos y gritos ahogados. A Nova, siempre le había dado la impresión de que Evander Wade, con su barba rojiza y su bigote rizado, parecía más un duende de dos metros de altura que un superhéroe, pero decían que tenía una camarilla de seguidores y, aparentemente, los gritos de euforia de la multitud prestaban apoyo a la teoría.

Encima de él, Kasumi Hasegawa quizás no se diera cuenta de que estaba en medio de un desfile. Pero Tsunami siempre lucía así: sumida en su propio mundo, con una sonrisa serena y enigmática en los labios. Si bien se hallaba parada inmóvil y con los brazos extendidos, el flujo de agua lleno de peces que movía entre las manos se agitaba alrededor de ella como una cinta que bailaba hipnóticamente. Un chorro de espuma, agua y peces ángel giraba en espiral, en todas las direcciones.

El cuarto pedestal, a primera vista, parecía estar vacío, lo que significaba que allí estaba de pie Simon Westwood. Y, efectivamente, mientras Nova observaba, Dread Warden apareció titilando en la pose del Pensador. Un instante después, volvió a desaparecer y reapareció haciendo la parada de manos, que luego se convirtió en una parada de manos con una sola mano. Luego volvió a hacerse invisible. La multitud se reía a carcajadas cuando reapareció, no sobre su propio pedestal, sino sobre la quinta y más elevada plataforma de la carroza, usando sus dedos para darle orejas de conejo al Capitán Chromium.

De pie, uno al lado del otro, eran como el día y la noche. Mientras Simon Westwood tenía la tez color oliva, la barba bien recortada y el



cabello oscuro y ondulado, Hugh Everhart, el amado Capitán de la ciudad, era la viva imagen del encanto juvenil, con hoyuelos y el cabello color dorado.

El Capitán Chromium puso los ojos en blanco y echó un vistazo a Dread Warden por encima del hombro. Cruzaron una mirada asquerosamente encantadora.

Nova había sido demasiado chica para saber si el anuncio de que dos de los Renegados originales se habían enamorado había provocado conmoción o escándalo, o si lo anunciaron siquiera. Era posible que simplemente las cosas se dieran así desde el comienzo. De cualquier manera, sospechaba que el mundo había estado lidiando con demasiada destrucción para que realmente le importara en aquel entonces. Hoy en día, el Capitán Chromium y Dread Warden eran prácticamente los favoritos de todo el mundo. Los tabloides siempre estaban especulando acerca de si planeaban adoptar o no otro niño, o si se retirarían del Consejo y se mudarían al trópico, o si un secreto misterioso amenazaba con separarlos.


Pero por sus sonrisas, Nova dudaba mucho de que aquellos rumores tuvieran un gran sustento, lo cual hizo rechinar los dientes de ella.

¿Por qué *ellos* podían ser tan felices?

Adoptó su posición con cuidado, calculando la distancia y el ángulo mientras el arma se volvía tibia entre sus manos.

Dread Warden desapareció de nuevo y regresó a su propio pedestal, dejó al Capitán solo, un rey ante sus súbditos que lo idolatraban. Le resultaba tan familiar a Nova como su propio reflejo. El cabello dorado que se rizaba contra su frente, las hombreras azules que sobresalían de un pecho amplio y musculoso. Una sonrisa irresistible con dientes tan blancos que parecían brillar bajo el sol.

Luego, a medida que las ovaciones de la multitud alcanzaron un crescendo ensordecedor, él extendió la mano para tomar el expositor que tenía a su lado. Su mano se envolvió alrededor de una lanza metálica alta



y la levantó en alto. En ese momento, estalló uno de los fuegos artificiales de Blacklight, que los envolvió con una luz dorada de tintes cobrizos.

Nova sintió un vuelco en el estómago.

—¿Ese es...?

—No pienses en ello —dijo Phobia.

—Que no piense ¿en qué? —preguntó Ingrid.

Nova tragó, a pesar del nudo en la garganta, sin poder responder.

El Capitán Chromium, amado superhéroe y Renegado adorado, tenía el casco de Ace Anarquía ensartado en la punta de su lanza. La vara había perforado el cráneo, por lo que fracturó el material color bronce que, alguna vez, el padre de Nova había arrastrado del aire con las propias puntas de los dedos, años antes de que Nova siquiera hubiera nacido.

La voz de la Detonadora se oyó de nuevo a través del casco, un “oh” comprensivo. En ese momento, apareció la carroza. Nova apenas la oyó.

Tenía seis años de nuevo. Estaba asustada, devastada, mirando hacia arriba, a los ojos detrás de aquel casco, arrojándose en sus brazos.

Los Renegados no habían venido, pero él sí. Tal vez, no lo suficientemente rápido para salvar a su familia pero, de todos modos, había venido. La había salvado a *ella*.

—Dije que no pienses en ello —dijo Phobia; su voz, casi un gruñido.

Nova enderezó los hombros.

—No estoy pensando en ello.

Phobia no respondió, pero Nova percibió una respuesta altiva en su silencio.

—Está bien, Pesadilla —dijo Detonadora—. ¿Acaso no estamos haciendo esto por Ace? Utiliza esa ira. Utilízala para vengarlo.

Nova no respondió. El mundo se había quedado quieto. Sereno. Blanco y negro.

Observó a través de la mira telescópica, encuadrando el tiro.

Tenía que ser en el ojo. Si daba en cualquier otro lugar del cuerpo, la

punta del dardo se quebraría contra la capa de cromo bajo su piel, y el veneno jamás ingresaría en el cuerpo.

Su puntería debía ser perfecta.

Y lo sería.

Hacia años que se preparaba para este momento.

Utiliza esa ira.

No era solo para vengar a Ace, aunque eso podría haber sido un justificativo suficiente. Era también para vengar a su familia, a quien el Consejo podría haber salvado, pero no lo hizo.

Era para revitalizar la visión de Ace. Su sueño de libertad para *todos* los prodigios, no solo para aquellos que estuvieran dispuestos a halagar al Consejo autodesignado y sus leyes autocráticas.

Era porque Nova sabía que el Consejo le estaba fallando a la gente —le estaba fallando incluso ahora—, pero nadie era lo suficientemente valiente para decirlo.

La sociedad estaría mucho mejor sin ellos.

Abajo, la calle pareció quedar en silencio, amortiguada por el propósito que martillaba en su cabeza. El ojo del Capitán entró en foco. De un azul impactante y rodeado de tenues arrugas en la comisura al sonreír. Ya no era joven como cuando había integrado los Renegados. El Consejo estaba envejeciendo, pasando su legado a la siguiente generación.

“Oprime el gatillo”, se susurró a sí misma. *Inhala*. Su dedo se apoyó sobre el gatillo.

Estaban envejeciendo, pero aún conservaban todo el poder. Todo el control. Más, tal vez, del que jamás habían tenido cuando rondaban las calles de noche, buscando delincuentes y villanos.

Más que cuando le habían quitado el casco a su dueño legítimo.

Exhala.

—Aprieta el gatillo, Nova.

Los Renegados vendrán.

Nova se estremeció.

—¿Qué sucede? —preguntó la Detonadora.

—Nada —Nova se pasó la lengua por los labios. Volvió a encuadrar el tiro. La carroza estaba doblando la esquina. Pronto se perdería de vista. Pronto él le daría la espalda, su sonrisa y encanto dirigidos a la siguiente calle de adoradores.

Esta era la mejor oportunidad que tendrían para eliminar al Capitán, y pronto le seguiría el resto del Consejo.

Y mientras los Renegados se daban prisa por reemplazarlos, los Anarquistas surgirían de nuevo. Sin que esta vez intervinieran las bandas de villanos, le demostrarían a la gente de esta ciudad lo que era la verdadera anarquía. La verdadera libertad. La verdadera independencia. Para *todos*.

Lo único que tenía que hacer era oprimir el gatillo.

Un insecto revoloteó en la periferia de su campo de visión; Nova lo alejó con la mano.

Volvió a encontrar su objetivo.

El Capitán se movió, girando la cabeza ligeramente en dirección a ella.

Era el mejor ángulo de tiro que tendría.

Nova comenzó a presionar.

Algo aterrizó sobre la punta del rifle. Nova levantó los ojos, poniendo el foco en una mariposa dorada y negra. Posada en el extremo del cañón, sus alas se abrían y cerraban.

La mirada de Nova se alzó hacia el cielo.

Un enjambre de mariposas monarca formó una nube por encima: cientos, tal vez miles de enérgicas alas amarillas que revoloteaban, agrupándose encima de ella.

—Tenemos compañía.

—¿Renegados? —oyó tras un compás de silencio.

No respondió. La carroza se hallaba doblando. Cinco segundos, tal vez, menos.



Nova miró a través de la mira telescópica, ubicó al Capitán, encontró su cabello perfecto, su sonrisa perfecta, sus ojos azules perfectos...

Un puñado de globos pasó entre ellos, cada uno estampado con la icónica R de los Renegados.

Esperó, detenida en el tiempo, el sudor goteaba por su cuello.

Los globos pasaron.

El Capitán Chromium dirigió la mirada hacia arriba, mirándola casi *directamente a ella*.

Nova disparó.

El Capitán se volteó, apenas a un pelo.

El dardo le golpeó la sien. A través de la mira, Nova vio cómo se quebraba la punta de la aguja.

El Capitán Chromium salió del trance en el que estaba y comenzó a examinar los tejados, a dar órdenes al resto. Nova soltó una catarata de insultos al tiempo que se inclinaba bajo la saliente.

Un gancho rojo se acercó volando desde el costado de su campo de visión, sujeto a un alambre delgado. Se envolvió alrededor del rifle y se lo arrebató.

Nova se paró de un salto.

Una adolescente con la tez pálida cubierta de pecas estaba parada en el rincón de la azotea, con el rifle de Nova en una mano y el brillante gancho rojo en la otra. Llevaba el uniforme de los Renegados: el entero gris oscuro, ceñido al cuerpo desde el cuello hasta las botas, ribeteado en rojo y estampado con una R pequeña sobre el pecho. Su cabello era una mezcla de blanco teñido y negro oscuro, recogido en una coleta enmarañada.

Las mariposas se arremolinaban junto a ella, formando un ciclón hasta que sus alas se tornaron confusas, y luego se materializaron en el cuerpo de una segunda joven, tal vez uno o dos años mayor que la primera. Llevaba un entero gris idéntico, con largas rastas rubias que enmarcaban su rostro.



Asesina Roja y Monarca.

Nova ya las había conocido una vez, cuando intentaron evitar que robara una pequeña farmacia para conseguir suministros que necesitaba Leroy, pero aquella vez habían sido más.

Levantó una ceja.

—¿Dónde está el resto? ¿Emborrachándose en el jardín de cerveza?

Apenas lo dijo, se oyó una campanilla, y la rejilla de metal sobre el elevador de servicio se abrió con un chirrido.

Un tercer Renegado emergió del elevador: un muchacho de tez morena clara y una melena tupida negra. Caminaba con un bastón y tenía una leve cojera. Zarcillos tenues de humo lo seguían por detrás.

Cortina de Humo.

La comisura de la boca de Nova se curvó hacia arriba.

—Eso está un *poco* mejor.

La voz de la Detonadora crepitó en su oído.

—¿Qué sucede allá arriba?

Nova la ignoró.

—Pesadilla —dijo Cortina de Humo, con una sutil inclinación de la cabeza—. Tanto tiempo.

—Estás a punto de desear que hubiera sido aún más —Nova se llevó la mano al cinturón y desenganchó dos de sus estrellas termodirigidas, un intento en el que había trabajado todo el verano pasado para perfeccionarlas.

Arrojó ambas hacia Asesina Roja, sabiendo lo peligrosa que podía ser con el gancho. Roja las esquivó. Monarca estalló otra vez en un enjambre de mariposas.

Un rayo de humo negro golpeó a Nova en el rostro. Ella se tambaleó hacia atrás, enceguecida.

—Pesadilla, repórtate —dijo Phobia.

Furiosa, Nova llevó la mano al transmisor detrás del lóbulo de la oreja y lo apagó.

Se obligó a abrir los ojos, a pesar del escozor que sentía, y notó una mancha desdibujada color amarillo. De inmediato, Monarca estaba junto a ella. Una rodilla chocó contra el costado de Nova, y esta cayó sobre el cemento, rodando por la fuerza del golpe. Aprovechó el impulso para ponerse de pie de un salto, ignorando el dolor de las costillas, mientras parpadeaba para eliminar las lágrimas calientes que empañaban su visión.

Un objeto curvo la enlazó debajo de la barbilla, comprimiéndole la garganta con fuerza: el bastón de Cortina de Humo. La jaló contra él. Este, aunque no era mucho más alta que ella, disponía sus brazos como dos tenazas, al tiempo que presionaba la mejilla contra el costado de la capucha de Nova.

–Tus días de villana han acabado, Pesadilla.

–Hablas como si hubieras leído demasiados cómics –le respondió ella con desdén.

–Hablas como si fuera algo malo –repuso él.

Nova palpó a ambos extremos del bastón buscando sus manos, pero los guantes de su uniforme se encimaban sobre las mangas, y no había piel vulnerable expuesta.

Cortina de Humo la sujetó aún más fuerte.

–¿Estás trabajando sola?

Delante de ella, Asesina Roja consiguió atrapar con su alambre una de las estrellas de Nova y la arrojó dentro de un conducto de calor. Quedó pegada con un tañido metálico. La segunda estrella regresó volando hacia ella tras ser lanzada sobre el callejón. Giró rápidamente el gancho de rubí que tenía delante, apuñalando la estrella contra el concreto con la punta de la gema, para que no volviera a elevarse.

Jadeando, Asesina Roja arrancó la gema para liberarla y se volteó para enfrentar a Nova y a Cortina de Humo. Comenzó a girar el rubí sujeto con el alambre, como un lazo encima de la cabeza.

Nova hizo un gesto de furia. Tanto trabajo, desperdiciado.

Monarca volvió a su forma, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Tengo la impresión de que Cortina de Humo te hizo una pregunta.

–Oh, lo siento –dijo Nova–. Estaba ocupada soñando con tu entierro.

Tomó rápidamente el bastón e impulsó la cadera hacia atrás, lanzando a Cortina de Humo por encima de la cabeza. Este aterrizó sobre la espalda con un resoplido.

Tras arrancarle el bastón de las manos, Nova golpeó la parte de atrás de las rodillas de Monarca e hizo que se cayera al suelo.

Asesina Roja arrojó la gema hacia Nova. El alambre se enroscó alrededor de su tobillo, la derribó al suelo y la arrastró a través de la áspera azotea. Nova intentó sacar otra estrella del cinturón, pero antes de que pudiera tomarla, Asesina Roja extrajo un puñal, tallado del mismo cristal que su gancho, y presionó la rodilla contra el pecho de Nova. Hundió la punta del puñal en su yugular.

–¿Con quién estás trabajando? –preguntó Asesina Roja, enunciando las palabras con cuidado.

Sintiendo sus propios latidos contra la gema, Nova no pudo evitar sonreír tras su máscara.

–Tu peor pesadilla –dijo, metiendo las puntas de los dedos con fuerza dentro del puño de la bota de Asesina Roja hasta encontrar la piel de su tobillo. Su poder la invadió como una oleada. La hoja de la daga se hundió en su garganta y sintió las primeras gotas de sangre deslizándose por el cuello, pero luego los ojos de Asesina Roja se cerraron y colapsó junto a ella.

Una oleada de neblina blanca y brumosa flotó sobre la azotea. Nova echó una mirada a su alrededor, pero la neblina era demasiado espesa para ver a Cortina de Humo. Incorporándose, desenrolló el cable de su pierna y tomó la daga. Era más liviana que cualquier navaja que hubiera tenido entre manos y parecía tallada de un único rubí, aunque sabía que una piedra preciosa de verdad habría sido mucho más pesada.



Cualquiera fuera el material que usaba Asesina Roja para su arsenal especializado, era cortante, y era todo lo que le importaba a Nova.

Nuevamente de pie, escudriñó a través del manto de humo inodoro, atenta a alguna señal de Cortina de Humo o de Monarca. Tenía los sentidos embotados por la neblina. Habría sido útil contar con gafas infrarrojas. Era un proyecto pendiente.

Divisó una forma oscura: su bolso de lona. Echando una última mirada, se precipitó hacia el bolso y pasó el codo a través de las manillas.

Monarca apareció de la nada, las rastas revoloteaban detrás de sí mientras dirigía un gancho derecho hacia la cabeza de Nova. Esta se inclinó y embistió el hombro contra el abdomen de aquella. La Renegada se dobló hacia delante. Nova dirigió el puñal hacia arriba, pero en el instante en que Monarca sintió que la hoja perforaba la parte superior de su pierna, estalló de nuevo en un revoloteo de alas.

El humo comenzó a despejarse, y Nova alcanzó a distinguir una desvencijada escalera de incendios en el siguiente edificio. Metiéndose el puñal en el cinturón, corrió hacia el borde del tejado y saltó. Atrapó la barandilla de la escalera de incendios y se elevó por encima, para caer sobre los peldaños de metal, que se sacudieron ruidosamente bajo su peso.

La voz de Cortina de Humo atravesó la neblina.

—¡Monarca!

Nova se detuvo lo suficiente para mirar atrás y ver a Monarca reapareciendo. Pero se derrumbó de inmediato al presionar una palma sobre el corte que tenía en el muslo. La sangre comenzaba a oscurecer la tela gris de su uniforme.

Nova se colgó el bolso del hombro y trepó las escaleras serpenteantes, tomando los peldaños de dos en dos.

Llegó a la azotea y corrió al extremo más alejado.

Estaba a mitad de camino cuando una figura oscura saltó desde la calle, salvando una altura de, por lo menos, seis metros. Nova se detuvo



tras un ligero deslizamiento, sus jadeos agitados entibiaban el interior de su máscara.

La figura aterrizó con un estruendo delante de ella.

En lugar del entero gris oscuro, llevaba algo más parecido a una armadura: todos sus miembros estaban protegidos; todos sus músculos, tallados en la rígida carcasa, y su rostro, oculto detrás de un casco con una visera de tinte oscuro. Tenía la R de los Renegados estampada en el pecho, pero la armadura no se parecía a ningún uniforme de Renegados que Nova hubiera visto antes.

Aunque no podía ver sus ojos, sentía que la observaban. Nova dio medio paso hacia atrás, examinando la figura de la cabeza a los pies. No se veía nada de piel, apenas costuras delgadas entre las placas blindadas, que podrían ser vulnerables a ataques más tradicionales.

—Debes ser nuevo por acá —señaló ella.

—Llevo un tiempo suficiente para saber quién eres... Pesadilla —dijo, mirándola con la cabeza inclinada.

Los dedos de Nova rozaron la parte superior de su cinturón, aunque no tenía certeza de que alguna de sus armas resultara efectiva.

—¿Debería sentirme halagada?

Antes de que la figura pudiera responder, una carcajada aguda resonó en los rascacielos en derredor, y se extendió por las calles y los callejones del centro de Gatlon. Era un sonido áspero, estridente y demasiado familiar.

Nova hizo un gesto de desazón.

—¿Qué hace ese idiota aquí?